

# CENTENARIO DE BAHÍA

## ANDANZAS Y QUEHACERES HISPANO-BRASILEÑOS

La unidad peninsular, iniciada en 1580, ocasionó a la metrópoli lusitana una *capitis diminutio*. Aunque se mantuvieron las dos coronas, independientes y reunidas sólo en la persona del Rey, de hecho la situación trasladó la capital del reino lusitano a la Corte de Madrid.

La decisión de los asuntos ultramarinos quedaba aún más alejada geográficamente. Había esperanzas, es cierto, de que los esfuerzos y trabajos de los dirigentes hispánicos tratarían de imprimir un ritmo común a la rica colonia del Brasil y a las demás posesiones castellanas. Todavía una vez más, el Brasil se beneficiaba con los perjuicios eventuales sufridos por la metrópoli de la Monarquía lusa.

Realmente, el dominio español permitió a la América Portuguesa una expansión territorial, un alargamiento de sus fronteras y la consolidación de las nuevas adquisiciones — incluso por decretos oficiales de España — que no hubiera sido posible sin la unión de las dos Coronas ibéricas.

Sin embargo, al principio no todo fué favorable, pues el Brasil atrajo hacia sí a todos los enemigos de la Monarquía de los Reyes Católicos. Ingleses y holandeses dieron en seguida muestras de lo que es capaz la rapiña bien adiestrada y mejor armada. En 1582 arribaron a Santos dos navíos ingleses en viaje hacia las Indias Orientales y China, solicitando, sin manifiesta hostilidad, provisiones y permiso para proceder a reparaciones. Los brasileños, temerosos del enemigo de su nuevo soberano, a quien ya habían prestado, en mayo del mismo año, juramento formal en Bahía, fortificáronse de prisa y se negaron a atender las peticiones de los súbditos británicos. Como no se juzgaban fuertes, parlamentaron por medio de una comisión negociadora.

Mientras tanto, aparece la escuadra española del Almirante Diego Flores de Valdés, compuesta de tres navíos. Entablóse la lucha una vez que los indeseables huéspedes recibieron el saludo de fuego de los recién llegados. La ventaja estuvo de parte de los ingleses, que consiguieron hundir un navío español. Pero tuvieron que abandonar el puerto, «muy maltratados, sin vergas, con las naves muy horadadas y con más de cincuenta muertos», como dice un documento de la época. Sin embargo, aquella iba a ser la señal para ataques semejantes a los de los filibusteros, que más tarde harían los ingleses contra varios puntos de la costa brasileña.

La primera víctima fué Bahía, que, por ser la sede del Gobierno, atraía todas las miradas como emporio de prosperidad y riqueza. En 1586, Robert Withrington penetró allí por sorpresa, y consiguió dominar seis semanas en Reconcavo, saqueando y devastando las plantaciones.

El célebre pirata Thomas Canvendish apareció cinco años después en la zona sur.

La empresa de mayor importancia y provecho — la tercera cronológicamente — fué la efectuada contra Pernambuco. A principios de 1599, dos filibusteros, James Lancaster y el capitán Vanner, aparecieron frente a Olinda y lanzaron sus botes al mar. En un golpe de audacia embisten contra el fortín que protegía el paso del arrecife, y una vez dominado éste entran en el puerto las doce velas de la escuadra. El arrecife fué tomado en breves instantes y todos sus habitantes huyeron hacia Olinda. El botín era tal, que fué preciso dividirlo; pidieron la participación de tres navíos holandeses, surtos en el puerto desde la llegada de los corsarios ingleses, pues no bastaban las naves propias para cargarlo todo. Más tarde llegó una escuadra francesa de cinco navíos que se asoció en la misma forma que los holandeses, ayudando a la vigilancia y a la defensa.

Tras cuatro semanas de continuos trabajos se efectuó el cargamento, y, a pesar de los esfuerzos pernambucanos contra las naves enemigas, nada se consiguió. Ingleses, holandeses y franceses, todos ellos enemigos de España y del Brasil, salieron del arrecife con sus barcos atestados y llegaron tranquilamente a sus tierras.

Aquellas pingües incursiones de la piratería de la época, esparcían por Europa en forma convincente las riquezas atesoradas en la colonia portuguesa de América y divulgaban su fácil conquista. Por fortuna, el tratado concluído en 1604 entre España y Gran Bretaña restableció las buenas relaciones de las dos Coronas y cesaron definitivamente las devastaciones de los corsarios ingleses en la América hispano-portuguesa.

Durante dos décadas reina la paz, y el desenvolvimiento interno del país sigue su marcha habitual. En aquel período destaca la conquista y colonización a lo largo de la costa, de donde se derivaría la fundación de tres nuevas capitanías reales: Paraíba, Sergipe y Río Grande del Norte. Solamente bajo la dominación española se emprendió un plan eficiente para colonizar a Paraíba. A principios de 1584, el Almirante español Diego Flores de Valdés, encargado de la vigilancia de la costa sudamericana, fué, a ruegos del Gobernador General de Bahía, Tellez Barreto, a prestar el valioso concurso de su flota a los elementos de tierra reunidos por el señor de Pernambuco. Un ejército de 100 jinetes, más de 200 infantes y 1.500 indios aliados, marchaban por tierra, mientras el Almirante navegaba a lo largo de la costa.

En aquella operación combinada, llegaron a las márgenes del Río Paraíba. En 1571 púsose todavía en camino, por orden de la Corte de Madrid, hacia Río Grande del Norte, el Gobernador de Pernambuco. Fundóse entonces junto al río Potengi la ciudad de Natal, llamada así porque la iglesia de la parroquia se inauguró el día de Navidad (1).

Uno de los mejores frutos de la unión de los reinos ibéricos fué el levantamiento de la prohibición del comercio entre el Brasil y las colonias españolas. La Corte de Madrid abolió esa interdicción y con aquella medida se desarrollaron activas relaciones comerciales; Evidentemente, el Sur ganó mucho con aquello. El puerto de Santos y el de Río comenzaron a prosperar, y una vez descubiertas las minas de oro y diamantes, ambos llegarían a ser los principales de la colonia. Aunque de otra forma, el Norte también se beneficiaría. Además de la colonización iniciada en el Nordeste, las regiones del Amazonas se harían más conocidas, y algunos territorios viéronse definitivamente acrecentados.

Desinteresado Felipe IV de las disputas fronterizas entre portugueses y españoles en la América del Sur — ya que ésta hacía un solo dominio para el Soberano de los dos reinos — resolvió, por las Cartas Patentes de 14 de junio de 1637, incorporar de una vez al Brasil parte de las tierras de Cabo Norte. De esta manera nació la Capitanía de Cabo Norte — nombre dado entonces a Guayana — situada entre Río Oyapock y la margen izquierda del Amazonas. El mismo monarca dió órdenes para la exploración de este río.

El dominio español ofrece en conjunto un balance favorable al desenvolvimiento del Brasil. Pero ya otro enemigo de España empieza a rondar la puerta: los holandeses. Lope de Vega nos lo describe en *El Brasil restituído*. Según el poeta, aquéllos habían venido a ruego de los judíos:

«.....  
hemos escrito a Olanda,  
que con armada se apresta,  
de quien tenemos respuesta,  
que sobre sus aguas anda,  
juzgando será mexor  
entregarnos a olandeses,  
que sufrir con portugueses  
nos traten con tal rigor.»

Y, obra o no de inspiración judaica, los holandeses quedarían en la colonia lusa incluso después de cesado el dominio español en 1640.

De hecho, el gran error táctico de las Provincias Unidas fué embestir contra Bahía, núcleo luso por excelencia, desde su fundación, iniciada en 29 de marzo de 1549, cuando allí acampó Tomé de Sousa, Gobernador General del Brasil. Pocas cosas mejores habrá imaginado el genio colonial portugués que idear y llevar a cabo la construcción de la capital guinhetista de la América Portuguesa.

En cuatro trabajosos meses, la ciudad se levantó en una afirmación de fe. El mismo Gobernador ayudaba con sus propias manos a los obreros.

Era un conglomerado de unos seis mil habitantes. Tomé de Sousa llevó 320 hombres de armas que, después, como los veteranos de Augusto en el Imperio Romano, serían dedicados a agricultores, y 400 deportados que formarían la plebe de la ciudad.

En las mismas naves del Gobernador llegaron seis jesuitas, representantes a un tiempo de la religión y de la cultura, difundida por ellos en el célebre colegio de Bahía, adonde iría más tarde de profesor el gran clásico de la prosa y de la oratoria P. Antonio Vieira.

Todo se hizo, pues, como en una película americana: raudo, sumario, para entrar en rápido funcionamiento.

Hoy, en 1949, cuatro siglos después, volvemos los ojos hacia aquella regalada bahía de San Salvador, teatro de los milagros del señor Bomfin, señora de 300 iglesias y conventos, tesoro del arte barroco y de la inteligencia del país, tierra de Rui Barbosa y también de mucho sol y muchos cocoteros... Y casi diremos, como en el drama de Calderón, que *la vida es sueño*...

R E N A T O M E N D O N C A

(1) Natal significa Natividad en portugués.



SAN SALVADOR